

ca a la presencia —casi siempre magisterial o denunciadora, y muchas veces reivindicativa de los derechos de los católicos— de la Jerarquía eclesiástica¹⁷. Sin negar legitimidad a tales declaraciones, pienso que la influencia de los cristianos en la sociedad y en la cultura se juega más decisivamente en la capacidad de los creyentes y de las comunidades cristianas para hacerse presentes en la vida cotidiana: lugar de residencia, mundo del trabajo, centros de estudio, relaciones sociales, etc., a través de una forma de vida que transparente el estilo de vida y los valores del Evangelio y responda en la práctica a las cuestiones antes aludidas que tiene planteada la cultura moderna.

Un político chileno expresaba recientemente de forma hermosa el estilo que muchos de nuestros contemporáneos están deseando encontrar en una aportación de los cristianos que muchos consideran indispensable: «Uno mira a su alrededor y busca consejo, guía, iluminación. No para descargar su responsabilidad ni para eludir el instante de su decisión; pero sí para sentirse parte de un proceso de reflexión donde sea posible sostener el peso de la propia conciencia en una red de conversaciones, de confianzas, de reconocimiento y reciprocidad. Quizá ahí reside el mayor desafío para la Facultad de Teología [y, añadimos nosotros, más generalmente para la comunidad cristiana]. Estar presente en la hora y el lugar donde necesitamos como sociedad asumir una posición moral»¹⁸.

¹⁷ A. TORNOS / R. APARICIO, o. c., 120.

¹⁸ J. J. BRUNNER RIED, a. c., 325.

Motivos y sentido de la apocalíptica.

Introducción al tema del milenio

Rev. Aragon. Teol. 11 (2000)

Xavier Pikaza

He escrito un largo comentario al *Apocalipsis de Juan* (Guías del Nuevo Testamento, Verbo Divino, Estella 1999), donde ofrezco una interpretación y valoración cristiana del Milenio. Allí podrá encontrarla, quien desee conocer mi opinión sobre el tema. Ahora, suponiendo conocido lo allí dicho, quiero ofrecer una visión introductoria de los motivos apocalípticos que están en el fondo de esa experiencia del Milenio. Evidentemente, el hecho de hallarnos en el año Mil, que para algunos es comienzo de un nuevo milenio, puede añadir actualidad al tema. Pero aquí no he querido hacer concesiones al momento actual, sino evocar los motivos y sentido de la apocalíptica desde su más riguroso trasfondo judío. Prefiero que sean los lectores quienes saquen las consecuencias.

La apocalíptica judía se extiende desde las partes más antiguas del ciclo de Henoc (1 Hen 1-37; 72-82; del siglo V-III a. C.), pasando por Jubileos, Test XII Pat y Ascensión de Moisés (siglos III-I a. C.), hasta 2 Baruc y 4 Esdras, contemporáneos o posteriores al Ap cristiano (siglo I-II d. C.). Ella abarca gran número de situaciones sociales y religiosas. Los apocalípticos *duros* tienden a negar la libertad del ser humano, haciendo que dependa de poderes angélico-satánicos que luchan entre sí (tradición de Henoc, Jubileos, algunos libros de Qumrán); en general, ellos forman parte de eso que (con palabra impropia) pudiéramos llamar la heterodoxia judía de la antigüedad (leídas las cosas desde el triunfo del rabinismo, posterior al 70 d. de C.). Los *blandos* suponen la libertad del ser humano y por eso pueden haber sido incluidos en el canon (Daniel) o se mueven cerca de la tradición normativa del judaísmo posterior, aunque sólo hayan sido conservados en contexto cristiano (2 Bar, 4 Es); entre ellos se sitúa el Apocalipsis de Juan¹. A continuación presento algunos textos y temas de la tradición apocalíptica, como introducción al motivo del Milenio 1. Búsqueda de Dios, teofanía. 2. Experiencia cósmica: astronomía, fijación de los tiempos. 3. Pecado angélico, el Diablo y la historia humana. 4. Los dos espíritus. 5. Mesianismo. 6. Juicio de Dios y Milenio.

1. Ascenso hacia Dios. La fuente del misterio (1 Hen 14)

Para buscar a Dios salieron al desierto los «voluntarios» de Qumrán (cf. 1 QS 1). Porque buscaban a Dios desde la violencia y dureza de este mundo descubrieron y/o crea-

¹ En general, el rabinismo posterior (a partir de las experiencias adversas del 67-70 y 135 d. de C.), ha prescindido de los libros apocalípticos estrictos; por eso, durante algún tiempo, estos libros han sido difíciles de encontrar. Actualmente existen ediciones muy cómodas de los textos más significativos y usuales de los *Apócrifos del* (y/o pseudoepigráficos) del AT: A. DIEZ MACHO (ed.), *Apócrifos del AT*, I-V, Cristiandad, Madrid, 1984; P. SACCHI (ed.), *Apocrifi dell'Antico Testamento* I-II, UTET, Torino, 1989; R. H. CHARLES, *Apocrypha and Pseudepigrapha of the OT* I-II, Clarendon, Oxford, 1971; J. H. CHARLESWORTH (ed.), *The Old Testament Pseudepigrapha* I-II, Garden City, New York, 1983, 1985. Cf. también J. H. CHARLESWORTH, *The Pseudepigrapha and Modern Research with Supplement*, SBLSCS 7, Chicago, 1981; Id., *Gli Pseudepigraphi dell'Antico Testamento e il Nuovo Testamento*, SB 91, Paideia, Brescia, 1988.

ron sus visiones los diversos grupos apocalípticos. Entre ellos he querido destacar el *grupo de Henoc*, formado probablemente por una comunidad de *hasidim*, judíos piadosos que de alguna forma han roto con el judaísmo del templo, buscando otra interpretación del judaísmo.

Ellos, los videntes de *1 Hen*, quieren conocer a Dios, descubriendo su misterio y escuchando su palabra. No les basta la respuesta oficial de *Ex 19-35*: la revelación del Sinaí, con Moisés en la Montaña de Dios, para recibir su Ley. Ellos necesitan algo más: una revelación más honda, un conocimiento más profundo del misterio. Los *Vigilantes* celestes (ángeles custodios), que debían mostrar a los humanos un camino de concordia en su frágil existencia, se han pervertido, violando a las mujeres, y haciendo pecar a los varones, introduciendo muerte y destrucción en la historia (*1 Hen 6-8*). Por eso, sufren y claman los oprimidos desde el mundo. Para ellos, la salida de Egipto, con el descubrimiento de la Ley en la Montaña Santa, resulta insuficiente. Necesitan un conocimiento más alto.

Pues bien, ellos claman a Dios y los *Arcángeles* buenos (Miguel, Uriel, Rafael y Gabriel) reciben su oración e interceden ante Dios (*1 Hen 9-11*). Compadecido del dolor humano, Dios eleva hasta el cielo a su representante Henoc, escriba sabio, para que llegue hasta Dios, escuche su palabra de justicia y proclame su juicio contra los Vigilantes. Henoc es ahora el auténtico Moisés, que sube al trono de Dios, al templo (Casa) de su altura. Sube para descubrir el misterio más oculto y para así contarlo a los humanos oprimidos².

He aquí que la nube y la niebla me llamaban,
el curso estelar y los relámpagos me apresuraban y apremiaban,
y los vientos en mi visión me arrebatában raudos,
levantándome a toda prisa y llevándome al cielo....

(Entré en una Casa... y después en otra más Grande). Su suelo era de fuego;
por encima había relámpagos y órbitas astrales;
su techo de fuego abrasador. Miré y vi en ella
un *Trono elevado* cuyo aspecto era como de escarcha y
tenía en torno a sí un círculo, como sol brillante, y voz de querubines.

Bajo el Trono salían ríos de fuego abrasador, de modo que era imposible mirar.

La *Grande Gloria* está sentada sobre él, con su túnica más brillante que el sol
y más resplandeciente que el granizo, de modo que
ninguno de los ángeles podía siquiera entrar en esta casa;
y el aspecto del rostro del Glorioso y Excelso
no puede verlo tampoco ningún hombre carnal.

² He desarrollado este tema en *Antropología Bíblica*, Sígueme, Salamanca, 1993, 131-182 y en *Dios judío, Dios cristiano*, EVD, Estella, 1966, 265-270. Traducción del texto en F. CORRIENTE y A. PIÑERO, *1 Henoc*, en A. DIEZ MACHO, *Apócrifos del AT IV*, Cristiandad, Madrid, 1984, 13-143. Sobre la datación (entre el IV y III a. de C.) y sentido del texto, cf. P. SACCHI, *L'Apocalittica giudaica e la su storia*, Paideia, Brescia, 1990; 31-78; P. GRELOT, *La légende d'Enoch dans les Apocrypheset dans la Bible*, RSAR 46 (1958) 5-26, 181-210; *Dan 7,9-10 et le Livre d'Enoch*, Sem 28 (1978) 59-83; H. S. KVANVING, *Roots of apocalyptic*, WMANT 61, 1988, 559-613; J. VANDERKAM, *The Theophany of Enoch*, VT 23 (1973) 129-150; C. ROWLAND, *The Visions of God in Apocalyptic Literature*, JSJ 10 (1979) 137-154.

Fuego abrasador hay en su alrededor, gran fuego se alza ante él,
y no hay quien se le acerque de los que hay a su alrededor;
miríadas de miríadas hay ante él, pero él no requiere santo consejo.
Los Santísimos (ángeles) que están cerca de él
no se alejan de día ni de noche, ni se apartan de él (1 Hen 14, 8-25)

En el principio de la apocalíptica hay una *teofanía*: el mismo Dios escondido, misterio supremo, revela su rostro y dirige su voz al vidente. *Henoc, escriba sabio* de la Escritura esotérica (apocalíptica), ha subido a la altura de Dios, conoce sus dos Casas (el Atrio exterior y el Atrio interior del gran templo divino), ha llegado hasta el *Trono* supremo, hasta el lugar donde se expresa y revela el Poder de lo divino. De esa forma, sabe lo que otros ignoran: ha llegado hasta Dios, sin morir, y ha vuelto, para contar a los humanos el misterio.

Este Dios de la apocalíptica es *un Dios del juicio*, no de la misericordia salvadora, como el Dios de Jesús. Pero antes de mostrarse como juez de los humanos, como dirá gran parte del judaísmo de su tiempo, él aparece ante todo como *juez de los espíritus perversos*. Ellos han seducido y destruido a la humanidad, ellos tienen que ser castigados. Parece claro que ese juicio puede y debe extenderse a los humanos pecadores (a los enemigos de Israel, a los israelitas infieles); pero, en principio, es juicio contra los espíritus destructores³.

2. Astronomía y salvación. Orden y desorden cósmico (1 Hen 72; 80)

La misma visión de Dios se convierte y expresa a modo de *visión cósmica*, en el sentido extenso (astral y angélico) del término. *Gen 1* destacaba la estructura buena (=bella) de la creación, organizada litúrgicamente en siete días de grandeza y alabanza, que parecen responder a los siete astros buenos del conjunto cósmico; pero no lo dice expresamente, tiene una gran reserva sobre el tema. La apocalíptica carece ya de esas reservas: a su juicio, el mundo astral y angélico se encuentran internamente vinculados. Por eso, es lógico que ella haya vinculado el *pecado angélico* a un tipo de *gran catástrofe cósmica (astral)*: los Vigilantes, ángeles caídos, son Espíritus que rigen (regían) el orden cósmico. Por eso, su pecado viene a presentarse como caída y perturbación del mismo cosmos.

Los profetas habían destacado la novedad antropológica de la salvación, la libertad humana, frente al cosmos, desligando así la historia humana de esa clausura angélico-astral que habían puesto de relieve los mitos normales de las religiones del oriente antiguo. Pues bien, los apocalípticos, en cambio, han vuelto a señalar la conexión (cósmica) astronómica de la vida humana. Para ellos, el pecado no es proceso humano (como suponen *Gen 3* y Pablo, en *Rom 5*), sino *caída astral*, pues ángeles/demonios y estrellas cósmicas se encuentran vinculados: las mismas estrellas han delinquido (han perdido su armonía), han bajado a perturbar nuestra existencia los guardianes cósmicos (ángeles); ellos son la causa de nuestra condena⁴.

³ El tema ha sido expuesto, de formas distintas, por E. P. SANDERS, *Jesus and Judaism*, SCM, London 1985; Id., *Gesù. La verità storica*, Mondadori, Milano, 1995; N. T. WRIGHT, *The NT and the Victory of the People of God I*, SPCK, London, 1992. El juicio y condena de los ángeles perversos constituye en Mt 25, 31-46 un elemento secundario, tomado del contexto apocalíptico. Por el contrario, en 1 Hen forma parte del mensaje central del texto.

⁴ El tema de la caída satánico/astral está en el fondo de una palabra clave de Jesús («he visto a Satanás cayendo como un astro»: Lc 10, 18) y sobre en el conjunto del Ap.

Sólo a partir de ese desastre cósmico (caída de los siete grandes astros) se puede interpretar la salvación, como nuevo descubrimiento del orden cósmico. Ciertamente, el pecado de los humanos se vincula a la violencia y opresión dentro de la historia. Pero existe todavía otro nivel de perdición: muchos apocalípticos identifican el pecado por excelencia con un trastorno estelar (en el cómputo y visión de los astros) que conduce a la mutación del calendario religioso.

El apocalíptico es un hombre (¿una mujer?) que sabe descubrir el orden de los astros, para expresarlo en la liturgia humana (terrestre) de las fiestas y purificaciones, sin dejarse perturbar por el desorden que han introducido los Vigilantes (ángeles) caídos, sin dejarse pervertir por los cómputos falsos de celebraciones y fiestas de los judíos normales (oficiales) del templo de Jerusalén. Este es un tema que hoy se nos vuelve difícil, pues hemos separado de manera fuerte la visión religiosa de la vida humana y el orden o desorden de los astros. Para los apocalípticos, por el contrario, este es central: sólo es justo (sabio) quien se encuentra en sintonía con el conjunto cósmico. Sólo es vidente apocalíptico aquel que ha sabido descubrir, en Dios y desde Dios, la estructura sacral del cosmos, pudiendo superar de esa manera el pecado de ángeles (astros) y humanos, que han pervertido el orden y armonía de los tiempos. Por eso, hemos querido que el segundo texto básico de la apocalíptica nos sitúe ante este tema clave. Utilizamos para ellos pasajes significativos de diversa procedencia⁵:

[1 *Henoc. Libro de los vigilantes*]. Continué mi recorrido hasta el caos y vi algo terrible: vi que ni había cielo arriba, ni la tierra estaba asentada, sino (que era) un lugar desierto, informe y terrible. Allí vi siete estrellas del cielo atadas juntas en aquel lugar, como grandes montes, ardiendo en fuego... Estas son aquellas estrellas que transgredieron el orden del Dios altísimo y fueron atadas aquí hasta que se cumpla la miríada eterna, el número de los días de su culpa... (1 *Hen* 21, 1-6).

[1 *Henoc. Libro del curso de las luminarias celestes*]. Cada una como es, según sus clases, ascendiente, tiempo, nombres, ortos y meses, tal como me mostró Uriel, su guía, el santo ángel que estaba conmigo; y toda su descripción, como él me enseñó, según cada año del mundo, hasta la eternidad, hasta que se haga nueva creación que dure por siempre (1 *Hen* 72, 1).

— *La luminaria sol* tiene su salida por las puertas del cielo que dan a oriente y su puesta por las puertas del cielo a occidente... El año tiene exactamente 364 días, y la longitud o brevedad del día y la noche difieren según el curso solar... Así sale y entra (el sol) sin menguar ni descansar, sino corriendo día y noche su carrera, y su luz brilla siete veces más que la luna, aunque los tamaños de ambos son iguales (1 *Hen* 72, 2.33-37)

— «Mira, *Henoc*, las tablas celestiales y lee lo que está escrito en ellas, entérate de cada cosa». Miré las tablas celestiales, leí todo lo escrito y supe todo; y leí el libro de las acciones de los hombres y todos los seres carnales que hay sobre la tierra, hasta la eternidad.

⁵ Espacio y tiempo (cosmos e historia) están profundamente vinculados en la experiencia del oriente y, en especial, en la apocalíptica judía. Cf. A. JAUBERT, *Le calendrier des Jubilées et la Secte de Qumran*, VT 3 (1953) 250-264; J. VANDERKAM, *The Origin, Character and Early History of the 364-Day Calendar*, CBQ 41 (1979) 390-411; Id., *1 Enoch* 73, 3 and a Babylonian Map of the World, RQ 11 (1982) 115-118; P. GRELOT, *La Géographie mythique d'Enoch et ses sources orientales*, RB 65 (1958) 33-69.

Entonces bendije al gran Señor, al Rey de la gloria eterna, por haber hecho toda la obra del mundo, y alabé al Señor por su paciencia con los hijos de Adán (1 Hen 80, 1-81, 4).

Sólo puede conocer el final (meta de la historia) quien ha descubierto y conoce el auténtico ritmo del cosmos. Por eso, la apocalíptica se vincula con la astronomía (astrología) sagrada. El orden cósmico primero ha sido quebrado por los siete astros originarios (principios de la realidad, ángeles originarios) que se alzaron contra Dios y no aceptaron la ley de sus giros, el orden de su esencia. Del mal de esos ángeles cósmicos (violadores de mujeres, destructores de la armonía fundante) dependen todos los restantes males; el pecado original tiene carácter astronómico. Ellos, los videntes de la escuela de Henoc lo saben y saben mirar el orden primigenio, más allá de los giros perversos del mundo.

Esta sacralidad cósmica ha sido amenazada por el pecado de algunos astros/ángeles y de aquellos humanos (incluso israelitas) que siguen su mentira, celebrando erradamente las fiestas de un cosmos que ha roto el orden que Dios le impuso en el principio. Por el contrario, los fieles apocalípticos conocen el orden primero del mundo y celebran la gloria de Dios conforme al verdadero calendario, separándose de la corrupción de los israelitas pervertidos y de los gentiles. Ellos, los buenos apocalípticos, leen los *libros astrales*, donde se encuentra la verdadera sabiduría, de manera que sus libros pueden presentarse como una expansión y despliegue de la verdad original de la *tablas celestiales*.

Porque han descubierto y quieren mantener el verdadero culto y calendario astral se separaron de resto de Israel algunos grupos apocalípticos, entre ellos los apocalípticos esenios vinculados a la tradición de Qumrán⁶. Muchos apocalípticos, opuestos al «desorden astral» del mundo viejo, han sido básicamente astrónomos sagrados, iniciando así una línea que desembocará en la especulación y religiosidad astrológica de tiempos posteriores. Es evidente que una religiosidad que se vincula de esta forma con el orden o desorden de los astros ha de tener un fuerte carácter esotérico y predestinacionista: sólo algunos, los elegidos y sabios, conocen el verdadero orden del cosmos; ellos, y todos los restantes humanos, se encuentran predestinados por un tipo de destino, tienen sus suertes marcadas en el mundo de los astros⁷.

⁶ Para los judíos rabinicos, el Libro de Dios no está vinculado a la Ley de los Astros, sino a la Ley nacional del propio (la Torah); de esa forma, ellos se han desvinculado (lo mismo que los cristianos) de la interpretación astronómica de la religión. El Islam ofrece una pervivencia y transformación muy significativa de ese tema: para los musulmanes, Mahoma ha «leído» y transcrito el Libro eterno y sagrado del misterio de Dios, recitándolo y fijándolo en su Corán.

⁷ Cf. P. SACCHI, *L'Apocalittica*, 173-186. S. PETREMENT, *Le Dieu Séparé. Les Origines du Gnosticisme*, Cerf, Paris, 1984, ha destacado la relación entre cosmología apocalíptica y gnosis; en esa línea se sitúa también el trabajo, quizá más esotérico, de F. GARCÍA BAZÁN, *Gnosis. La esencia del dualismo antiguo*, Castañeda, Buenos Aires, 1978. B. J. MALINA, *On the Genre and Message of Revelation. Star Visions and Sky Journeys*, Hendrickson, Peabody MA, 1985, ha interpretado el Ap desde el profetismo astral, corriendo el riesgo de disolver la apocalíptica en la astrología. J. PEPIN, *J., Théologie cosmique et théologie chrétienne*, PUF, Paris, 1964 ha puesto de relieve la pervivencia «cristiana» de este modelo cósmico.

Nuestra visión del cosmos ha cambiado de forma poderosa; vivimos en un universo abierto, no cerrado. Un viaje cósmico como el que realiza Henoc, con la ayuda de Uriel, ha perdido su sentido para nosotros, ha venido a convertirse en puro mito. Cf. C. CIMADEVILLA, *Universo antiguo y mundo moderno*, Rialp, Madrid, 1964; P. JORDAN, *El hombre de ciencia ante el problema religioso*, Guadarrama, Madrid, 1972; A. KOYRÉ, *Del universo cerrado al universo infinito*, Siglo XXI, Madrid, 1971; J. PEPIN, *Théologie cosmique et théologie chrétienne*, PUF, Paris, 1964. Sin embargo, en otro sentido, el misterio cósmico sigue fascinando y son millones los nuevos devotos de una nueva astrología/astronomía sagrada, cercana a la vieja apocalíptica. Cf. H. T. RICHARD *La tradition ésotérique et la science*, La Colombe, Paris, 1965; G. VOSS, *Astrología y cristianismo*, Herder, Barcelona, 1985.

3. Pecado y posesión diabólica (Jub 10)

En el conjunto de la literatura apocalíptica judía podemos destacar el libro de los *Jubileos*, escrito hacia el 130 a. de C., en los comienzos del reinado de los asmoneos, como revelación más honda de un ángel de Dios a Moisés, como reelaboración de la historia humana desde su comienzo hasta el pacto del Sinaí. Contiene elementos proto-fariseos (de exaltación nacional/legal israelita); pero su contenido básico es apocalíptico, y puede situarse en una línea cercana a los esenios de Qumrán, de tal forma que incluso se ha pensado que *Jubileos* constituye un elemento básico de la comprensión histórico-teológica del grupo qumramita. En su forma más antigua, este mito lo había contado *1 Henoc*:

En aquellos días, cuando se multiplicaron los hijos de los hombres, sucedió que les nacieron hijas bellas y hermosas. Las vieron los ángeles, los hijos de los cielos, las desearon y se dijeron:

— *Ea, escojamos para nosotros (mujeres) de entre los humanos y engendremos hijos...*

Y tomaron mujeres; cada uno se escogió la suya y comenzaron a convivir y a unirse con ellas, enseñándoles ensalmos y conjuros... Quedaron encintas y engendraron enormes gigantes de tres mil codos de talla cada uno... *Azazel* enseñó a los hombres a fabricar espadas, cuchillos, escudos, petos, los metales y sus técnicas... Hubo mucha impiedad y gran fornicación, erraron y se corrompieron sus costumbres (*1 Hen* 6, 1-8, 3).

Esta ha sido para Jubileos el acontecimiento más saliente de la historia cósmica y humana: el pecado angélico, entendido como rechazo del orden de Dios, como invasión del mundo y posesión sexual (de los ángeles a las mujeres). *Azazel*, el Diablo, que en Jubileos recibe el nombre de *Mastema*, dirige desde entonces (de algún modo) el curso de este mundo, engendrando a través de los gigantes corrompidos a los hombres perversos. No somos hijos de Dios, producto de la buena tierra; hemos nacido del semen perverso de los ángeles violentos, violadores, que han dominado a las mujeres y nos han enseñado el arte violento de la guerra.

Pero no todos han caído; no todos son hijos (descendientes) de los vigilantes violadores, no todos se encuentran poseídos por *Mastema*, el Diablo. Los israelitas fieles, que han recibido la revelación de Henoc y siguen los caminos de Noé y Abraham, conociendo y cumpliendo los tiempos de Dios (el recto calendario, los septenarios y/o jubileos de generaciones, años y días), pueden superar al riesgo satánico, vencer a los poderes del mal y alcanzar la plenitud escatológica. Los humanos se encuentran de algún modo a merced de los demonios, pero no están condenados de antemano a la derrota, sino que pueden emplear en su favor las «medicinas» de Noé, vinculadas a las plantas curativas. De todas formas, la verdadera medicina de Noé y de Jubileos, el antídoto que rompe la opresión de los demonios, sigue siendo el cumplimiento de la Ley israelita bien interpretada, con la aceptación del verdadero calendario, la circuncisión y la observancia de los mandamientos.

4. Los dos espíritus. Vida escatológica (1 QS 3-4)

La apocalíptica no evoca sólo aquello que vendrá al final, cuando termine lo que existe y surja el nuevo eón, sino que define un tipo de existencia que podemos llamar *escatoló-*

gica, determinada desde ahora, en el tiempo presente, por la revelación de las realidades definitivas. Sin duda, aún no ha llegado el final. En un plano externo, el mundo sigue. Pero en un sentido más profundo, Dios ha manifestado ya su rostro verdadero y lo mismo el Espíritu perverso, de manera que los justos (los iluminados) viven ya a nivel de plenitud escatológica.

Esta revelación de los dos espíritus (dos rostros de Dios) constituye una novedad dentro del conjunto de la apocalíptica. No es que se nieguen expresamente los rasgos o principios anteriores del pecado (desorden astral, violación angélica de las mujeres...), pero ellos quedan en segundo plano. El origen del pecado ha de ser más profundo, el desastre cósmico ha de tener una raíz más profunda: está vinculado al mismo Dios, que es principio de lo bueno y de lo malo, del Espíritu protector y del Espíritu perverso.

Esta experiencia latía, de algún modo, en el texto anterior de Jubileos, pero ella se precisa y expande en la *Regla de la Comunidad* esenia de Qumrán, que determina y dirige la vida de aquellos voluntarios que han decidido separarse del cuerpo central de los israelitas, para establecer en el desierto, la comunidad definitiva de los justos, en la esperanza de que llegue el tiempo fijado de la culminación de la obra de Dios. Sus miembros se sienten elegidos y *separados*, voluntarios de Dios y testigos humanos del fin de los tiempos. Desde esa situación de plenitud en que se saben, ellos interpretan su vida en la famosa *Instrucción de los Dos Espíritus*, escrita entre el II y I a. de C., para educación de los «novicios» de la comunidad⁶:

(Dios) creó al hombre para dominar el mundo, y puso en él *dos espíritus* para que marche según ellos hasta el tiempo de su visita: son los *espíritus de la verdad y de la falsedad* (*ha'emet weha'awel*).

— *Del manantial de la luz* provienen las generaciones de la verdad.

— *Y de la fuente de las tinieblas* las generaciones de la falsedad.

— A causa del ángel de las tinieblas se extravián todos los hijos de la justicia...

Pero el Dios de Israel y el ángel de su verdad ayuda a todos los hijos de la luz... (cf. 1 QS 3, 13ss).

Dios viene a revelarse a través de estos *espíritus* que expresan y deciden la suerte de los hombres. Ciertamente, en el fondo puede hallarse un monoteísmo típicamente judío: Dios se encuentra encima, sobre los dos espíritus, como trascendencia separada, y de su fuente provienen uno y otro, el positivo y el perverso. Pero al lado de ese monoteísmo (quizá como una ampliación de su esquema) emerge un fuerte *dualismo teológico* y escatológico, de tipo mítico, que proyecta la visión de Dios y del final de los tiempos sobre el presente de la comunidad.

Conforme a esta segunda visión (dualismo teológico), Dios no se encuentra fuera (por encima de los espíritus), sino que se identifica con el Espíritu bueno, de manera que el Espíritu perverso, de mentira, viene a presentarse de un modo muy preciso como Anti-dios. De esa

⁶ Traducción de F. GARCÍA M., *Textos de Qumrán*, Trotta, Madrid, 1992, 49 ss. Comentario en M. DELCOR y F. GARCÍA M., *Instrucción sobre los dos espíritus*, en Id., *Introducción a la literatura esenia de Qumrán*, Cristiandad, Madrid, 1982, 285-314; A. DUPONT SOMMER, *L'Instruction des Deux Esprits dans le Manuel de Discipline*, RHR 142 (1952) 5-35; J. LICHT, *An Analysis of the Teatrise of The Two Spirits in DSS*, ScripHier 142 (1957) 88-99; P. VON DER OSTEN-SACKEN, *Gott und Be-lial. Traditionsgeschichtliche Untersuchungen zum Dualismus in den Texten aus Qumran*, AUNT 6, Göttingen, 1969.

forma, la división penetra en el mismo corazón de lo divino. Sin duda alguna, los elegidos de Qumrán no pueden hablar de dos dioses (uno bueno, otro malo; uno positivo, otro negativo), como han hecho ciertos esquemas de la religión irania; pero ellos conocen y presentan dos rostros de Dios, dos revelaciones (una positiva, otra negativa) de su misterio trascendente.

Los *elegidos* de Qumrán se saben inmersos en esa dualidad divina y de esa forma anticipan la lucha escatológica. Ellos se han sentido iluminados, escogidos, elevados: poseen un conocimiento intenso de la realidad y de algún modo han sido liberados de la muerte y condena eterna. Por eso pueden convertirse en *voluntarios* (soldados limpios) de la gran batalla final. El mismo Dios les ha predestinado (son elegidos); pero, al mismo tiempo, son ellos mismos los que han decidido secundar la voz de Dios, separándose, como *soldados voluntarios* de la lucha final, al servicio de la obra de Dios⁹.

Es evidente que en el fondo de este esquema de dualismo apocalíptico hay una fuerte experiencia de elección y gracia: los miembros de la comunidad se han sentido iluminados, escogidos, elevados; poseen un conocimiento intenso de la realidad y de algún modo se saben liberados de la muerte y la condena eterna. En un primer momento, ese dualismo puede parecer duro, pero, al fin, acaba siendo *muy consolador*. Dios mismo ha dispuesto que las cosas sucedan de esta forma: ha permitido que el mal vaya triunfando y que parezca que domina nuestra vida. Pero, en realidad, el mal se encuentra controlado y Dios vendrá a mostrarse pronto (¿en esta generación? ¿en la siguiente? ¡muy pronto!) como juez de los humanos.

Sobre un campo de batalla viven ellos, los elegidos del final de los tiempos. Saben que llega el fin, conocen su llegada. Por eso se separan y preparan para cuando llegue. De esa forma aparecen como portadores de una *gnosis* superior o conocimiento fuerte de la hondura de la realidad; ellos, los elegidos de Dios, se saben voluntarios de la Guerra Escatológica, que estallará muy pronto, haciendo así que culmine (se destruya o triunfe) lo que existe.

— *Por un lado, los hombres de Qumrán acentúan el simbolismo de la lucha final* y entienden su vida como lugar donde se expresan y actúan poderes sobrenaturales, como muestra la *Regla de la Guerra*, capaz de fijar, en ritmo litúrgico y guerrero, los momentos finales de la gran batalla del bien contra lo perverso. Por eso, en un *nivel externo*, están inmersos en la lucha final de la historia: sufren duramente dentro de ella, perseguidos, expulsados por los enemigos exteriores (paganos) y los interiores (judíos adversos); pero, sobre todo, sufren por hallarse en el centro del gran campo de batalla entre Satán y el Espíritu bueno.

— *Por otro lado, viven como si la lucha se hubiera realizado*. En perspectiva de hondura, ellos se encuentran liberados: les ha purificado Dios, les ha ofrecido su verdad, les ha integrado en la alianza eterna, han recibido el Espíritu bueno. De esa forma actúan, en clave sapiencial de culminación del tiempo. La misma *apocalíptica* (batalla final de espíritus) viene a expresarse en claves de escatología realizada, por utilizar un lenguaje exegético ordinario¹⁰.

⁹ Ambos espíritus son revelación original de Dios. Frente a quienes quieren disculpar, Qumrán le hace responsable, fuente y origen, de los dos espíritus, que aparecen, por un lado, como ángeles y por otro como signos (poderes) de tipo cósmico, en la línea de 1 *Henoc*. El simbolismo apocalíptico (lucha final, batalla entre potencias enemigas) se expresa en el Israel histórico: hijos de la luz son los buenos de Qumrán; hijos de tiniebla los otros.

¹⁰ La distinción que O. CULLMANN (cf. *Cristo y el tiempo*, Estela, Barcelona 1967) suponía entre historia lineal y supra-historia (eternidad, sin cambios) debe matizarse. El futuro sigue estando delante del vidente apocalíptico, como meta a la que tiende; pero, al mismo tiempo, la certeza de su pronta llegada se convierte para él en experiencia de presencia.

Donde más fuerte es la experiencia de extrañamiento y pérdida (el humano queda poseído, en manos de fuerzas que le determinan), resulta más intensa la certeza de una salvación liberadora. Todo parece predestinado, todo escrito de antemano..., y, sin embargo, el creyente de Qumrán se descubre liberado por el Espíritu de la luz, que le capacita para recorrer el camino de la salvación, desde el desierto en el que vive retirado. Da la impresión de que el mundo y la historia han terminado: se ha cumplido la obra de Dios... Pues bien, precisamente ahora que todo está concluido, empieza todo, en experiencia misteriosa de liberación. De esta forma, el mito de los dos espíritus y de la lucha final se pone al servicio de la plenitud vital de los creyentes.

5. Apocalíptica y mesianismo. Textos varios

Sólo en el trasfondo más amplio del mesianismo de origen profético (de esperanza de culminación israelita, abierta en algún plano a las naciones) recibe su sentido y mantiene su vigor la apocalíptica; sólo en el trasfondo apocalíptico puede expresar y expresa el mesianismo todo su poder simbólico (mítico) de transformación humana y de esperanza. Aquí, pueden vincularse y se vinculan otras corrientes del judaísmo del tiempo de Jesús, de manera que podemos trazar un puente entre los *apocalípticos puros* (tradición de *1 Hen*, *4.º Esdras*, *2 Baruc*) y los autores que parecen más *sapienciales*, vinculados a la experiencia filosófica y humana del helenismo (cf. Filón), como indicaremos con los breves ejemplos que siguen¹¹.

[*Mesianismo sapiencial: cambio cósmico*] Pienso yo que cuando esto ocurra [cuando se amansen las fieras que los humanos llevamos en el alma], los osos, los leones y las panteras, los animales de la India (elefantes y tigres) y todas las demás fieras de vigor y poder invencibles cambiarán su vida solitaria y aislada en una comunidad y poco a poco, a imitación de las criaturas gregarias, se tornarán mansos en presencia del hombre... En medio de todos estos animales (escorpiones, cocodrilos e hipopótamos...) le es dado al hombre virtuoso permanecer protegido por una santa inviolabilidad, pues Dios ha honrado a la virtud... (Filón, *De Praemiis* 90-91)¹².

[*Mesianismo teológico: Dios Mesías, reino de Dios*] Los hijos del gran Dios vivirán todos alrededor del templo, en paz, gozándose en aquello que les concede el creador y justiciero Monarca... Sin guerras vivirán en sus ciudades y en los campos, pues no les tocará la mano de la guerra mala... Y entonces, en verdad, las islas y todas las ciudades dirán: «Cuánto ama el Inmortal a estos hombres»... Y entonces (Dios) hará nacer un reino para la eternidad, destinado a todos los hombres, santa ley que antaño concedió a los piadosos... De todos los lugares de la tierra llevarán incienso y regalos a la Morada del gran Dios...» (*Oráculos Sibílicos* III, 702-780)¹³.

¹¹ Cf. E. SCHÜRER, *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús II*, Cristiandad, Madrid, 1985, 631-714. Sobre mesianismo real, cf. J. L. SICRE, *De David al Mesías. Textos básicos de esperanza mesiánica*, EVD, Estella, 1995; J. COPPENS, *Le Messianisme Royal*, Cerf, París, 1968, 37-63; H. CAZELLES, *El Mesías de la Biblia*, Herder, Barcelona, 1981; S. MOWINCKEL, *El que ha de Venir. Mesianismo y Mesías*, FAX, Madrid, 1975, 24-105; M. Noth, *Estudios sobre el AT*, Sigueme, Salamanca, 1985, 159-195; 257-268.

¹² Traducción de J. M. TRIVIÑO, *Obras completas de Filón de Alejandría V*, Acerbo, B. Aires, 1976, 89-90.

¹³ Traducción E. SUÁREZ DE LA TORRE, en A. DÍEZ MACHO, *Apócrifos AT III*, Madrid, 1982, 308 ss

[*Mesianismo antropológico: nuevo paraíso*] Para vosotros [los judíos fieles] está abierto el paraíso, plantado el árbol de la vida, dispuesto el tiempo futuro, reservada la abundancia, edificada la ciudad, asegurado el descanso, lograda la bondad y más conseguida aún la sabiduría. La raíz mala quedó cortada en vosotros, la enfermedad extinguida, la muerte alejada; el infierno se retira, no se conoce ya la corrupción. Pasarán para siempre los dolores y estará presente la inmortalidad como tesoro (4 Esdras 8, 52-55)¹⁴.

[*Mesianismo integral: la gran abundancia*] Y cuando el Mesías habrá humillado el mundo entero y cuando reine en paz por siempre sobre el trono de su realeza, entonces se revelarán las delicias, se mostrará la tranquilidad. En aquel tiempo, la salud descenderá como rocío y se alejará la enfermedad. Las preocupaciones, dolores y gemidos se alejarán de los hombres, se expandirá el gozo por toda la tierra. Nadie morirá prematuramente; ninguna desgracia llegará de improviso. Juicios y acusaciones, luchas y venganza, crímenes, pasiones, celos, odio y todas las cosas semejantes sufrirán condena, después de haber sido extirpadas... Las bestias salvajes saldrán de la selva para ponerse al servicio de los humanos; serpiente y dragón saldrán de sus cuevas para obedecer a un niño. Las mujeres no sufrirán en sus partos, ni se angustiarán dando a luz. En estos días, los segadores no conocerán fatiga, ni se cansarán los constructores (2 Bar 73-74)¹⁵.

Significativamente, unos textos tan diversos como el tratado de Filón de Alejandría, los anuncios de esperanza, elevados desde un mundo dolorido (4 Esd o 2 Bar) y los oráculos Sibílinos concuerdan en lo esencial: hay un mesianismo, es decir, una esperanza de renovación humana y plenitud, que se expresa siempre con rasgos que podemos llamar *míticos*, es decir, que rompen y superan el orden actual (racional) de la historia. Esto significa que nos hallamos ante un elemento común de la tradición israelita. Ciertamente, la apocalíptica dura de 1 Hen y Jub (o Qumrán) puede acabar siendo exclusivista, propia de unos pocos. Pero, en su sentido más extenso, la esperanza mesiánica de renovación humana (expresada a través de un fuerte simbolismo apocalíptico) pertenece al patrimonio común del judaísmo del tiempo de Jesús.

En este contexto ha surgido y se expresa una misma *razón utópica*, que no intenta justificar lo que existe, en gesto de sometimiento a la realidad, sino que busca y pretende suscitar aquello que debe existir, desde el don supremo de Dios. Lógicamente, esta razón utópica será de tipo *imaginativo* y deberá expresarse con signos y figuras evocadoras, que desgarran de algún modo las fronteras de lo que parece existir sobre el mundo, abriéndonos al misterio de lo que debe venir. Esta es una *razón integral* que combinan imaginación y pensamiento, teoría y compromiso práctico, experiencia individual y transformación social, comprensión de lo que existe y anticipación de lo que vendrá¹⁶.

¹⁴ Traducción de Dámaso FRAILE, *El libro IV de Esdras*, Salamanca, 1977 (inédito).

¹⁵ Traducción francesa comentada en P. BOGAERT, *Apocalypse de Baruch*, SCh 144, Cerf, Paris, 1969.

¹⁶ Desde la apocalíptica puede entenderse la obra de algunos filósofos judíos como E. BLOCH, *El Ateísmo en el cristianismo*, Taurus, Madrid, 1983. El principio esperanza no se puede formular con razonamientos puramente discursivos, que se ajustan a la *totalidad sagrada* de lo que existe (por emplear un lenguaje de E. Lévinas), sino que exige y suscita un tipo nuevo de creatividad simbólica, que descubriremos mejor en el cristianismo.

6. Juicio de Dios e Hijo del Humano (Apocalipsis de Juan Dan 7). El milenio

Este tema se encuentra internamente vinculado al anterior: es el cumplimiento del mesianismo. Por eso, la visión del Milenio ha de entenderse desde el fondo de las visiones mesiánicas que acabamos de presentar. Ha sido el Apocalipsis de Juan el que ha presentado el orden más perfecto de los «acontecimientos finales» donde se incluye la lucha escatológica, el juicio de Dios, el Milenio y la culminación de todos los tiempos:

1. *Lucha mesiánica, con la destrucción de Babilonia* (Ap 12, 1-19, 10). La historia aparece como campo de batalla entre el Dragón (con sus Bestias y Prostituta) y los elegidos de Jesús (equivalentes a los justos israelitas). Esta primera parte de la batalla culmina con la destrucción de Babel, la prostituta, signo del imperio mundial, al que vencen y comen los mismos poderes perversos de la historia (=los reyes de la tierra); por ahora no interviene directamente el Mesías, sino los agentes históricos perversos, que luchan y se destruyen entre sí.

2. *Victoria mesiánica al fin de este mundo viejo* (Ap 19, 11-21). El Mesías de Dios, que aparece montado en un Caballo Blanco, dirigiendo el ejército supremo (de ángeles y humanos fieles) vence con la espada de su boca a las bestias perversas y a los malos reyes de la tierra, arrojándolos al abismo. Esta victoria mesiánica se concibe como juicio divino sobre la historia perversa del mundo.

3. *Reino mesiánico, el Milenio o triunfo de Dios en este mundo* (Ap 20, 1-6). Fiel a la más honda experiencia judía, el Ap de Juan ha presentado un reino mesiánico, entendiéndolo en forma de triunfo de los justos (los sacrificados de la historia, los mártires y testigos de la verdad) que viven y gozan, de forma desbordada, durante el tiempo largo de los mil años de triunfo mesiánico.

4. *Lucha final, victoria de Dios* (Ap 20, 7-15). Siguiendo la misma dinámica de la apocalíptica judía, el autor del Ap de Juan sabe que hay una lucha y victoria de Dios más allá del mesianismo histórico, más allá del Milenio de triunfo de los justos. Por eso, vuelve a presentar la lucha, esta vez en forma universal: todos los males (=los Malos) de la historia se vinculan, con Gog y Magog, para alzarse contra Dios, siendo derrotados, de manera ya definitiva.

5. *Reino de Dios, la eternidad final* (Ap 21-22). Al triunfo mesiánico seguía el milenio de vida gozosa sobre el mundo. El triunfo de Dios queda expresado en forma de Vida sin fin, en el misterio del mismo Dios. El autor del Ap describe esta Vida final en formas *teológicas* (se cumple el pacto: Dios habita para siempre con los humanos), *mesiánicas* (son las Bodas del Mesías Cordero) e *israelitas* (la Nueva Jerusalén). Todas ellas se vinculan desde el signo mesiánico del Cristo «cristiano», es decir, desde la simbología de la vida, muerte y pascua de Jesús. Pero, en el fondo, todos los elementos siguen siendo judíos.

Estos cinco elementos unifican, de forma armónica, el despliegue del juicio mesiánico y divino, con el reino mesiánico (Milenio) y la plenitud de Dios que ofrece su Vida final a los humanos. Ninguno de los apocalipsis judíos que conozco ha distinguido y unificado con esta nitidez los momentos del drama final. Pero ellos nos pueden servir para situar y entender mejor lo que aquí estamos presentando: el mesianismo apocalíptico y el juicio. Pues bien, en el principio de la visión apocalíptica de juicio podemos situar el libro de Daniel¹⁷.

¹⁷ Sobre el Hijo del Hombre he tratado en *Hermanos de Jesús y servidores de los más pequeños* (Mt 25, 31-46), Sígueme, Salamanca, 1984, 92-128. Entre la bibliografía sobre el tema, cf. F. H. BORSCH, *The Son of Man in Myth and*

— Estaba mirando en mi visión por la noche y he aquí que los cuatro vientos del cielo agitaban el Gran Océano; y *cuatro vivientes gigantes* salieron del mar, los cuatro distintos.

1. El primero era como un *león* con alas de águila;
2. El segundo era como un *oso* que se erguía sobre un costado, con tres costillas;
3. Después yo estaba mirando y he aquí otro, como un *leopardo*;
4. Después de eso, estaba yo mirando en visión por la noche y he aquí *un cuarto viviente*, terrible, espantoso, fortísimo...

— Seguía mirando y vi que colocaron unos tronos y un *Anciano de Días* se sentó.

Su vestido era blanco como la nieve, el cabello de su cabeza como lana blanquísima.

Su Trono era llamas de fuego, sus ruedas fuego abrasador...

El Tribunal tomó asiento y se abrieron los libros...

Y mataron a aquel viviente, lo descuartizaron y lo echaron al fuego.

A los otros vivientes les quitaron el dominio...

— Yo seguí mirando, en mi visión por la noche, y he aquí un *como Hijo del Hombre* viniendo en las nubes del cielo, llegó hasta el Anciano de Días y se acercó a su presencia.

Y a él se le dio dominio y gloria y reino y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron.

Su dominio será dominio eterno, no cesará, su reino no será destruido (*Dan 7, 2-28*)

Así quedan fijados algunos elementos fundamentales de la simbología apocalíptica y de la llegada del milenio: las cuatro *Bestias*, como expresión de los poderes perversos de la historia, el *Dios anciano* que parece al principio inactivo, el *Hijo del humano*, la destrucción de la Bestia, la victoria de los santos del Altísimo... Del *mar grande*, signo de las aguas primordiales (caos informe y matriz de vida), provienen los Vivientes. No son signos del poder vital del cosmos (como en *Ez 1* y *Ap 4-5*), ni portadores de trono de Dios, sino sus antagonistas: expresión del pecado original (y final) de nuestra historia. La imagen de esos vivientes hechos Bestias, transmisores de la maldad de Satán, define la apocalíptica posterior: son la historia perversa, con cuernos que son símbolo de reyes... La última Bestia (Antíoco Epifanes de Siria) expresa la perversión definitiva...

Frente a la historia perversa emerge el *Anciano de días* (7, 9-10), suscitando la justicia, el cumplimiento de la historia. Este es sin duda el *Dios originario*, principio de los

History, SCM, London, 1967, 137-145; M. CASEY, *The Son of Man: The Interpretation and Influence of Daniel 7*, London, 1979; J. J. COLLINS, *The Son of Man and the Saintes of the Most High in the book of Daniel*, JBL 93 (1974) 50-66; C. COLPE, *Ho Uios tou Anthropou*, TDNT 8, 400-477; A. FEUILLET, *Le Fils de l'homme de Daniel et la tradition biblique*, RB 60 (1953) 321-346; H. S. KVANVIG, *Roots of Apocalyptic: The Mesopotamian Background of the Enoch Figure and the Son of Man*, WMANT 61, Neukirchen, 1987; S. MOWINCKEL, *El que ha de venir. Mesianismo y Mesías*, FAX, Madrid, 1975; K. H. MÜLLER, *Menschesohn und Messias*, BZ 16 (1972) 161-187; 17 (1993) 52-66; U. B. MÜLLER, *Messias und Menschenson in jüdischen Apokalypsen und in der Offenbarung des Johannes*, StNT, Gütersloh, 1969. Sobre Daniel, cf. L. F. HARTMAN y A. DI LELLA, *Daniel*, AB, 23, Doubleday, New York, 1978; J. J. COLLINS, *Daniel*, Eerdmans, Gran Rapids MI, 1984; J. J. DANIEL, *The Apocalyptic vision of the book of Daniel*, HSM 16, Missoula MO, 1977; A. LACOCQUE, *Daniel et son temps*, plain, Labor et Fides, Genève, 1983.

tiempos. Pues bien, ahora se sienta en su *Trono* para juzgar todo lo que existe. No hay en su juicio elementos de violencia militar, ni explosiones de ira. Todo se realiza conforme a los *esquemas forenses* del tiempo. Antes, dominaba sobre el mundo la irracionalidad de la violencia. Ahora se expresa la justicia de Dios, conforme a la más honda ley de un Libro donde están escritas las acciones de los hombres¹⁸.

El texto no detalla los pormenores del juicio: no dice si el Cuerno Insolente ha sido llevado al tribunal; no expone los cargos que se elevan contra él, ni transcribe el tenor de la sentencia... Pero es claro que ese Cuerno (Antíoco Epífanes y el reino seleúcida de Siria) ha sido condenado. Tras su ruina, en el lugar de los vivientes/bestias, que se alzaban contra Dios (brotando del mar o caos), se presenta el *como Hijo del humano*, imagen de Dios, viniendo en las nubes del cielo, como expresión de su juicio y de su gloria. Es humano y proviene del mismo Dios: es la expresión positiva de su obra, inversión de la insolencia de las bestias. Antes no existía verdadera creación; sólo ahora, respondiendo a la llamada de los justos oprimidos, desde el fondo de su juicio creador, el Anciano Dios ha suscitado al ser humano verdadero¹⁹. En este fondo puede ya citarse el texto del Milenio del Apocalipsis de Juan:

Y vi un ángel que bajaba del cielo llevando en la mano la llave del Abismo y una gran cadena. ²Apresó al Dragón, la antigua serpiente —que es el Diablo y Satanás—, y lo encadenó por mil años. ³Lo arrojó al Abismo, cerró y selló la entrada, para que no pueda seducir más a las naciones hasta que hayan pasado los mil años. Pasados los mil años, será soltado por breve tiempo.

⁴Después vi unos tronos, y a quienes se sentaron en ellos se les dio poder para juzgar. Y vi a los que habían sido degollados por el Testimonio de Jesús y la Palabra de Dios: los que no habían adorado a la Bestia ni a su estatua, los que no se habían dejado marcar ni en su frente ni en sus manos. Todos ellos vivieron y reinaron con Cristo mil años. ⁵Los demás muertos no vivieron hasta pasados los mil años. Esta es la primera resurrección.

⁶*¡Bienaventurados y santos quienes participen en esta resurrección primera! La segunda muerte no tendrá poder sobre ellos sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él los mil años (Ap 20, 1-6).*

Mil años (20, 4-6). Imaginemos un mundo sin Bestias (vivientes destructores), mundo sin Satán, y así obtendremos el milenio, reino del Mesías. Así lo ha querido mostrar el autor del Apocalipsis diciendo que volverán a la vida los que han muerto por Jesús: se

¹⁸ La tradición apocalíptica conoce varios libros vinculados al juicio. Hay un *Libro del Destino*, relacionado a los astros (cf. 1 Hen), unos *libros de la historia y juicio de Dios*, donde se escriben las acciones y futuro de los hombres (cf. Sal 56, 9; 139, 16; Dan 7, 10; Is 65, 6; 1 Hen 82, 4; 89, 61-66), y un *Libro de registro del pueblo de Dios (=Libro de Vida)*, con los nombres de los israelitas justos que han cumplido los mandatos o leyes de Dios (cf. Ex 32, 32-33; Dan 12, 1; cf. Jub 19, 9; Lc 10, 20 y Flp 4, 3). Ap 17, 8; 20, 15; 21, 27; 23, 8 conoce dos libros: uno de examen y juicio (como el de Dan), otro de la *Vida del Cordero*, que expresa el amor salvador de Jesús.

¹⁹ Este Hijo del humano podría ser en su origen un *Dios nuevo* (a quien entrega su poder el Anciano de días, Dios antiguo) o un *sino del Ser humano originario* (que sólo aparece al fin de los tiempos). Más probablemente es signo de la *plenitud israelita*: representa el reino de fieles o Santos judíos, que serán liberados de su opresión actual para reinar en el futuro. He precisado su sentido, desde una vertiente cristológica, en *Hermanos de Jesús y servidores de los más pequeños*, Sígueme, Salamanca, 1984, 89-128 y en *Este es el Hombre. Manual de Cristología*, Sec. Trinitario, Salamanca, 1909, 213-221.

elevantán los derrotados, triunfarán sobre la tierra, no para oprimir a los antiguos opresores (en gesto de venganza) sino para gozar la felicidad del reino mesiánico. Juan ha explicitado el evangelio desde el fondo del más recio y sano judaísmo, empeñado en descubrir la presencia y sentido de Dios sobre la tierra. La obra de Cristo no puede romper las esperanzas de la historia, llevándonos a un reino de evasión, fuera del tiempo. En su más hondo sentido, el evangelio es fuente de reino (vida renovada) en este mundo.

Y vi tronos... Reinado de los justos (Ap 20, 4). Estaba Dios sentado en su Trono (Ap 4), pero los fieles de Jesús vivían sometidos bajo Bestias y Prostituta. Ahora triunfan ellos y se elevan *sus tronos*, que *Dan 7, 9* vinculaba a los ángeles del juicio y que ahora son de aquellos que han muerto con Jesús, haciéndose así reyes en la meta de la historia (no después de ella). El Gran Trono del juicio de Dios vendrá después (Ap 20, 11) cuando llegue el cielo nuevo y la tierra nueva. Ahora, tras el *juicio de la Prostituta (17, 1)*, devorada por las Bestias de la tierra, juzgan y reinan aquellos que han dado la vida por Jesús, *las víctimas de la historia (20, 4)*. El texto dice que «se les dio el juicio»: están sentados sobre tronos, dirigiendo en forma salvadora los mil años finales del mundo. La creación de Dios no puede fracasar: la nueva Jerusalén no se eleva sobre puras ruinas sino, al contrario, sobre la plenitud de la historia expresada aquí en forma de milenio.

Este es el reino de los elegidos, que han muerto (sufrido) por no adorar a la Bestia, en la línea de los 144.000 de Ap 7, 1-8 y 14, 1-5. Ellos representan el auténtico Israel, pueblo mesiánico de seguidores de Jesús sobre la tierra. Hasta ahora parecían condenados a desgracia eterna. Pues bien, ellos emergen ahora en su verdad, como triunfadores con Jesús. *Este es el reino de los triunfadores de la historia*. El texto dice que «vivirán», participando de la *resurrección primera*, es decir, de la plenitud de Dios (reino y sacerdocio) en este mundo. Están (han estado) amenazados por la Bestia, condenados a la muerte; y sin embargo viven, mientras los otros han muerto. Por eso se añade que resucitarán en este mundo y no sufrirán la *muerte segunda* (expulsión final del reino de Dios). *Es reino de Cristo, y sus fieles serán sacerdotes de Dios*. Cumpliendo lo anunciado en Ap 1, 6 y 5, 10 (llevando a su plenitud el judaísmo), Juan presenta a la comunidad de seguidores de Jesús como *reino* (su poder consiste en que los unos dan la vida por los otros, dándola por Cristo y como Cristo) y *sacerdotes* (su sacrificio es la misma entrega de la vida). Ap no conoce (no aceptaría) un sacerdocio jerárquico y separado de varones frente a mujeres, de clérigos frente a laicos, pues todos los creyentes han de dar culto a Dios con su vida fraterna, liberada de las Bestias y la Prostituta (cf. Ap 1, 5; 5, 5, 10, partiendo de Ex 19, 6); reino y sacerdotes (de todos los cristianos) en este mundo.

Juan es un creyente esperanzado. No toma la historia como simple paso, prueba y sufrimiento, que termina pronto y nos prepara para el otro mundo, distinto, ultraterreno, de la felicidad espiritual. Perseguido por la Bestia, él sabe y dice que este mundo es bueno. Por eso, frente al breve *tiempo de la Bestia (6.6.6)* ofrece la visión esperanzada del *tiempo de Cristo* y sus fieles. Esta experiencia de los mil años transforma la *resistencia* anterior (¡no dejarse vencer por la Bestia!) en *creatividad* intensa. Así lo han entendido los mejores milenaristas de la historia cristiana, empeñados en crear un anticipo del reino de Dios sobre la tierra, sin bestias ni Prostituta, con el Dragón atado y el amor bien suelto.